



O ni ro man cia

Un poemario de

Winétt
de Rokha

© CORPORACIÓN
DEL DEPORTE E
INCLUSIÓN SOCIAL,
DE LA ILUSTRE
MUNICIPALIDAD DE
CERRO NAVIA

© CERRO EDICIONES

Primera edición

Versión digital

Octubre de 2022

Cerro Navía, Santiago, Chile

La obra poética de Winétt de Rokha es parte del patrimonio público no solo de nuestro país, sino que también de la humanidad. Por ello, cualquier editor o editorial puede publicar la obra de esta autora. La editorial solo posee derechos de autor por el diseño editorial del libro.

Edición actualizada
ortotipográficamente.

Edición y diseño editorial a cargo de
Eduardo Farías Ascencio.

Winétt O
de ni
Rokha ro
 man
 cia

Índice

| | |
|----|---------------------------------------|
| 5 | Elegía en el viento de julio |
| 6 | Planeta sin rumbo |
| 8 | “Huan li t’ou” |
| 14 | Domingo Sanderson |
| 17 | El ídolo |
| 20 | Cadena de verbos |
| 30 | Frente Popular en 1937 |
| 31 | Escenario |
| 33 | Canción de títeres |
| 34 | Luna de viento y noche |
| 36 | Araucanía |
| 38 | Lenguaje sin palabras |
| 46 | Gotera de dulce diamante |
| 48 | Madres contra el fascismo |
| 50 | Monita de palo |
| 51 | Construcción de abril |
| 53 | El sueño de las algas |
| 54 | Los viajes maravillosos |
| 56 | Sinfonía del instinto |
| 84 | La aurora ciega |
| 85 | Breve bibliografía de Winétt de Rokha |
| 86 | Colofón |

ELEGÍA EN EL VIENTO DE JULIO

Cerrad las ventanas, es el viento y su cola encendida,
es el viento cóncavo del huracán repleto;
el cristal no lo contiene,
arrasa corolas, andamiajes, cielos, zapatillas de raso,
nudos secretos de inmolación rebelde,
todo rodando, envuelto, de costillas, despedazado.

Pero tu cara de ídolo en piedra permanece,
los huesos transitorios de tus manos,
tu pecho donde sólo las mariposas hacen nido,
tus ojos que al mirar no pudieron mirarme.

Arrodillada, imposible,
como un vaso de arroz derramado en el tiempo,
atada a un barco inmóvil
con alas invisibles de un extraño terror.

Nunca fui yo la cadena y la nube,
acaso, hubiera roto la raíz del lucero,
estallando la sombra fatal del torrente en camino.

PLANETA SIN RUMBO

¿Quién se ha detenido a mis espaldas?
Alguien apagó la sombra,
una voz me encierra, cerrándome las puertas, cruzándome,
una mueca de cera viene desde muy lejos, desdoblándose.

En el horror de Dios, un pájaro perfila un grito.

La noche es blanca y muerta, la luna, ¿había que decirlo?,
sin embargo es negro el reloj e implacable.

Sentimientos proyectados;
¿en dónde está la cabeza del sueño, que no tiene cabeza,
ni pies, ni ojos, ni manos y existe?

Mi cuerpo tendido entre cielo y mundo
se eleva, se resiste, se retrata disgregándose, entre verdes
| peces alados que ya no tocarán la tierra.

Yo soy mi sombra.

Construyo innumerables ilusiones fosforescentes
con palabras que salieron destruidas al amasarse,

(habría que contar una historia) pero, todas las historias son
| historias,
y, por lo tanto, engaño.

Hacia la distancia,
¿quién se reconoce en el ayer?

Vehemencia, vehemencia, eres el espejo de lo que YA NO
| ES,
te borro de mí misma y te envuelvo con fuego,
rechazándote, como niña de rosa en tiempos dolorosos,
de contienda sangrienta.

“HUAN LI T'OU”

Su forma era la de una mujer que huía, pero la de una
a quien hubiesen cortado los brazos a la altura del hombro | mujer

Porque Eglantina no tenía brazos,
ellos, le habrían pesado demasiado;
mientras que así: frágil, elevada,
estatua de sangre y de tiniebla
penetraba por la ventana azul del sueño.

Albas arrodillada y misteriosa
sobre mármoles negros o blancos o confusos emitía
sonidos guturales y lentos
en lentitud de sombra y pensamientos que no se revelan.

¡Cómo era en esos momentos simples
un ovillo traslúcido, esponjado,
desenrollándose hasta las estrellas!

El altar con sus oros y sus encajes,
la copa de sangre detenida en el viento mañanero
desde donde volaba un espíritu celeste en forma de deseo:
el ovillo se estremecía, atrapaba algo dulce,
algo que corría por sus venas animadas

dentro del cuadro pálido de su cuerpo
sin gravitación y sin cadenas.

Hora de adoración y de fuga, después
Eglantina cruzaba erguida y sonámbula
el ámbito frío,
arrodillada de nuevo, inclinada,
sus labios resecos y temblorosos besaban la tierra.

La calle con su cielo, su agua y su vaivén
era una continuación prolongándose cuadras y cuadras.

A su paso alguien decía: “¿de dónde vienen?”
ella sonreía: “¿acaso lo sé?”,
Las gentes movían la cabeza de Norte a Sur
y se volvían para mirarla una vez.

Ventana tan pequeña la de su cuarto
pero llena de un techo y un poste del teléfono;
¡cómo daba brincos menudos de golondrina!
tan pronto ardía sobre el árido tejado oscuro
como se azotaba frágil
contra el solitario guardián de la noche
y las palabras emigrantes.

Dos golpes a la puerta y Eglantina asustada
se arrojaba con la claridad espantosa del día.

El arco iris había cruzado el mundo,
los ecos absortos de la montaña amortajada
enviaban su mensaje oportuno
envuelto en magia y muda leyenda
con autorización municipal.

Se elevaba sobre la mesita de noche
un jarro de leche de aurora y un pan moreno,
a veces unas uvas negras, redondas, como mundos
| diminutos
donde se copiaba la pupila del gato o el reverso de la medalla
que ahorcaba su garganta pura.

Los largos días sin complicaciones:
linos bordados,
cebollas y lechugas, nueces y betarragas,
botellas estrelladas de líquidos estallantes,
maniobras de gentes automáticas
que decían Sí, que decían NO, cubriéndose
de una estúpida, escalofriante costumbre en la mirada.

Anocheciendo una instancia acumulada de angustia,
un clima oscuro contra la muerte,
se deslizaban desde los planos falsos del día.

Eglantina encendía lirios y que son cirios
y apagaba cirios que son lirios.

Aparecía de pronto el fantasma de gris contorno
y mirada sin ojos;
en los dedos anillos y símbolos
—verde zumo de algas y locura—.

El sonoro plumaje de algún gallo despierto
por tejados abrumados de estrellas,
hormigas voladoras con su rojo esqueleto
prendido al paracaídas flamante de sus alas.

Negro y amarillo terror la auscultaba,
ella naufragaba en tierras o aguas fosforescentes,
de espaldas como las hojas de las palmeras ansiosas del
| desierto.

Deshojando el calendario de los días
—felicidad o dolor—
era un arpegio que se trepaba
por los ángulos agudos del tiempo.

El espejo entregaba su figura:
primero los ojos, pero... ¿eran esos sus ojos?
después las piernas —espirales de humo—
pero... ¿eran esas, acaso, sus piernas?
Aquellas piernas luminosas dividiendo la sombra,
pesadas como la aurora que ilumina un cadáver.

Siete velos cubrían a Eglantina y sus senos floridos
sin copa o mano desbordaba hacia abajo.

Lo oscuro profundo, lo imperativo,
el demonio enrollado en la seda de sus venas,
en el temblor de sus cabellos negros olor a trueno,

a cascada imprudente, a jazmín pisoteado
a la luz de la luna, la hacían castañetear los dientes.

Si hubiese tenido brazos
habría encendido las lenguas de fuego que caían sobre su
| lecho,
pero no los tenía,
ni aun para esta hora de lucha y terror invencible.

¡Ah!, si a intervalos aquella estrella distante
con su ojo único viniera a encenderla!

Recordaba, sin saber por qué,
su sombrero de terciopelo verde con ala de cisne joven,
su cinturón con hebilla de caucho,
su vestido con vuelos y esas botas altas
esas que tenían treinta botones que nadie había de contar.

Años perdidos con sus colgajos de hojalata maldita,
años AMARILLOS Y NEGROS, contrapesándose,
estremeciéndose desde el Oriente y su sabiduría.

Esa noche, igual a otras noches,
cayeron los siete velos del cuerpo desnudo de Eglantina.

Había un rumor de silencio,
de navajas ocultas,
había un largo oscuro color de sangre envejecida,
sangre que se extendía hasta los guardapolvos.

Las arañas tejieron un sudario.

Y un pie de mármol
quedó fijado entre mantas ardientes.

DOMINGO SANDERSON

Cierro los ojos anticipándome a lo definitivo, y la ventana del
| tiempo se disgrega
vienen ellos y ellas, tú y yo, nuestros hijos, y vosotros todos,
se ha vivido el destino y la forma: marfiles, corales, ébanos y
| estrellas.

Inútil añoranza, inútil afán de insecto laborioso y alas de
| agua,
vidas que se precipitan del cerebro al mar y del mar al
| cerebro,
allí estáis vosotros, aquí estamos, allí estaréis vosotras un
| largo año.

Como el viejo Domingo Sanderson, mi abuelo, en la
| cuadrada plaza de provincia,
soleada plaza con pesados árboles y pájaros municipales,
soledad y polvo, en las carreteras, en las puertas, en los
| campanarios,
soledad y polvo en las almas de los muebles y los tristes,
mirando cómo emigran los murciélagos que traen tiempo y
| miedo.

Porque una vez, entre siglo y siglo,
vivió y murió entre libros y sueños, entre libros y espanto,

entre libros y brujería, y demonio y sacrilegio,
en el cual Voltaire, enfundado en una roja capa muerta,
miraba enjuto y pálido, lleno de ángulos y fosforescencia
| prohibida,
—libros y sueños, libros y libros— maldición y conjuro.

Hijos, voluntades dispersas, enfermizas, criaturas de
| dolor y de rencor,
ajenas, esporádicas criaturas con un nombre en el extremo
| de las uñas.

Tres o cuatro fechas y en la memoria de algunas estampas
| una visión equívoca,
eso, de Domingo Sanderson, el políglota,
libros y libros a la espalda, con ellos de casa en casa, libros y
| libros y libros,
con ellos de pensión en pensión, encajonados, llovidos,
rodando, acumulados como piedras de piedra,
dolor y cansancio y libros, escrituras y escrituras en
| caligrafía de dolor y sueños.

Setenta y anchos cuatro años sobre la irrealidad,
setenta y anchos cuatro años de combate sin combate, de
| duda;
LOS SUYOS, maldicen el cadáver;
los libros amontonados no hablan,
los libros deshojados como castaños, son quemados,
y el cuerpo solo, mármoleo, inmutable, desciende solo y sin
| libros,

solo, absolutamente solo, inútilmente solo,
con el abecedario entre los dientes.

Abro los brazos estrechando lo inútil inconmensurable:
mitos, libros, ríos, libros, desengaños, libros, libros, libros,
tú y yo entre los doscientos crepúsculos...

EL ÍDOLO

Ese viento que arrebató con su arrastre vertiginoso
de ladridos y arenas y lágrimas,
siempre llegaba —amigo de las tinieblas y el terror—
combatiendo la desgarrada inconsciencia de mi alma.

Entonces yo te veía traslúcido, flamígero, impar;
traslúcido, dentro de esas copas de cristal altas y sonoras
donde la canción del vino y de la fiesta repercuten;
flamígero, allá en la montaña altisonante,
ufano del grito de los zorros salvajes,
traspasado de helechos frescos y vivos entre la sombra,
sin miedo;
impar y peligroso,
con presencia sin academia y sin reparos,
llenando ese ámbito cotidiano y familiar
que rodea siempre la pregunta.

Ácida, huracanada, ajena de plantas
o racimos de uvas calcinadas,
extendiendo mi cabello negro, ilusorio,
ofrecido en bandeja de plata,
superponiendo galas de lirismo,
con perfume de terracota mojada,
evocando tragedias de héroes

o besos de vírgenes inmoladas al sol;
todo, tierra y cielo, sangre, perdón, dolor,
todo, pulverizado a tus pies.

Tus venas salobres y su germen azulino y febril,
ese cuenco profundo, opaco, de mirada vacía
donde descansaba esa postrera lámpara que ya no ilumina,
y esas nuevas y unilaterales corrientes, todo emanando de
| tus dedos.

Las horas espasmódicas de potencia verde,
horas inconexas que traducían canciones,
varias canciones con intermitencia de pulso
y viento rubio de cráneo en la mesa del cirujano.

Solo el círculo flamante
y el verbo desflecado
hacían de mi alondra.

Pequeñas carreras a la luz de la luna
que ponían ángulos
y que soplaban fuerte y parco dictamen.

Oh, tu alma ilimítrofe
estrellada de videncia y porfía
rayando el hierático y azul pulmón del infinito.

Hecha un montón de huesos quebradizos,
ovillada, desleída en humos trashumantes,
consumiéndome en espirales.

El tiempo es una adormidera gigante,
los ojos, las manos, el alma hurgan aquel dolor,
se actúa en frío;
los dientes no rechinan,
el sudor mortal ya no invade nuestra órbita,
las plantas de los pies no vacilan
ya no nos arrasa la tormentosa tortura del hecho.

¿Qué pedestal de arena movediza
sostenía tu originario y desolado cuerpo desnudo?

Porque bajo mis párpados
la arenilla confusa me ciega,
de mí lo humano huye,
soy sombra de algo distante y distinto,
la aguda y única redoma
donde dan vueltas, azotándose
los últimos peces animados de mi fantasía.

CADENA DE VERBOS

Ventana desteñida, acuaria,
y un cortinaje como muchas frutas exprimidas como vino
| nuevo:
redondo, alegre, rural, el jarrón de greda quemada,
oliendo a barro amasado y a mano de campesina;
se quiebra la luz sobre el vientre del día,
y, como cabellos nacidos,
los clarines gotean su líquido multicolor
en la atmósfera plácida.
Una mano, mi mano, separa las cretonas
y mira por la vidriera azul.

Abrazando el río,
enterré la mirada entre las algas de la orilla,
reventada de flores y azules memorias.
Todo gira, en ese vaivén de barco o nube o pensamiento
porque crío en el alma esa transparencia
que tienen las ideas del mar, los ríos y las lágrimas.

Una honda se floreció en piedrecillas,
fue un pinchazo de luz,
que se abrigó en la superficie violeta y violenta,
enormes pájaros amarraron mi pensamiento,
arriba, triángulos y circunferencias,

la ruta, a pesar de todo el avance recto de bala, de amor, de
| desarrollo,
era una sola e interminable lengua de acero.

Tu pelo es negro como el fruto de la zarzamora,
brilla y se quiebra en un azul tempestuoso,
y tu frente levanta su ojo y mira con imperio escrita de rutas,
sobre tus ojos —esmeraldas en un vaso de fuego—
| cambiantes, acosadores,
frente a dientes implacables de león que sonrío.

Pueblo húmedo, pueblo fragante a acacias y a cardenales,
sobre sus graves espaldas un siglo descansa y se distiende.

Está su falda enflaquecida y remendada siempre,
para la niña de los cantaritos,
y va por el poema: “¡A treinta, a treinta!”
al levantar las manos, rojizas de sol de Otoño
ilumina la tarde.

Se ha cubierto de flores secas.

Van y vienen hombres del mundo,
circulan los espectros humanos,
sobajean la mercancía,
estrujan gestos de moneda falsa,
aprietan la ansiedad del dinero.

¿Para qué tantos días iguales
como piedra de camino de negro?

“¡A treinta, a treinta!”

Para comer pan ácido hay que sufrir como la greda del
| cántaro.

Cierra el día su mirada de terciopelo,
sobre las colinas de la oración católica,
y ella, la niña de los últimos hombres,
se va abrazando sus palomas de tierra dulce y triste.

Puente de curva floja hasta la orilla de la muerte,
en cuyo fondo hay agua cenagosa y verde,
agua con clamor de pedrería.

Me sobrecoge el metal líquido,
y el ademán conocido, que entrega el río amarillo.
Como bostezos se abren deseos y penas al camino.
Concierto azul, agitan las campanas,
su vuelo es maternal y desvelado, lleno de las últimas
| naranjas,
y el corazón de los ilimitados, entre los navíos
se ensancha inmensamente.

Vida de pueblo enmohecido y colonial,
católicos y obtusos hombres de costumbres zurcidas como
| iglesia de aldea,
hombres que hablan de acontecimientos del otro mundo,
de familias sin memoria,
el de más acá murmura y está muerto,
el de más allá humilla al infeliz aldeano de piedra,
y todos beben vino bíblico con malicia y sueño.

Caminos, potreros, colinas, auroras,
tierras que suben por el río, plantíos maduros,
más tierras desesperadas ¡tanta tierra!
y tantos pobres, tan pobres: Juan, José, Amelia.
Juan se expande solo, cabalgando,
uno que otro pájaro cae al estampido de su escopeta.

Miro a lo lejos tu traje negro y gastado,
miro tus corbatas de nudos graves,
esas corbatas que piensan cosas de acuerdo con tu alma.

Ayer fui triste como hoja cóncava y tiniebla
pero hoy mi tristeza se parte en dos mitades,
aterrada y confusa, abro mi corazón hacia el mar hirviente
y luego cierro los ojos para ver a la distancia.

Rosarito, has venido a verme,
con tus ojillos de laucha regocijada de ser laucha,
y tu voz sumisa, bajita, esclavizada;
el sombrío ramaje de tus pestañas me abanica,
y de nuevo tu voz me hiere al quebrarse en quejidos
y deshecha, entre papeles amarillos sin importancia.

Cómo maltratan tu destino
tiznados menesteres domésticos:
lavar, bordar, cocinar...
—“Aún quedan dos pétalos de crisantemo
que esponjar sobre el terciopelo”, dices,
y el terciopelo afligido se arruga entre tus manos,

y se salpica de sombras tu delantal
con los sollozos de las golondrinas de Bécquer.

Ya el sol subió más arriba del ventanuco del granero,
lo ha sentido el abuelo Faustino,
y hace más de veinte gorjeos del canario.

Los carbones blanquean, como la historia del mundo
el lino se acurruca en mi regazo,
los ojos que escuchan y las manos que piensan.

La oración que nunca termina,
¡Dios mío! Tan larga la noche, tan larga y rugiente entre las
| casas,
¡Señor de los Ejércitos!

Los jinetes oscuros del viento
hacen vibrar los emparrados del dominio.

Se apagó la chonchona de la puerta
y tropezó la bestia en el umbral.

Llueve, llueve, llueve desde la madrugada,
huyen los pájaros, huyen las hojarascas de todos los ancianos,
los pequeños proletarios pintan la miseria del mundo
chapoteando en los charcos.

Hablemos quedo para no despertar las iras del dios de los
| vientos.

Abajo unos toros rojizos braman
interminablemente al horizonte,
después, bajan sus cabezas pausadas
con el asentimiento tácito de su vida oscura y profunda.

Aquellas comarcas fértiles, anchas,
rebalsan los sentidos de un regocijo agrícola,
los músculos crecen, elásticos
y se piensa en los primeros días del mundo,
en aquellos en que las formas, las líneas, los colores,
| los ruidos, los olores,
edificaron aquella enorme palmera sonora y espectacular,
cuando seres de pies cristalinos
y cabelleras de viento incrustadas de piedras preciosas,
poblaron las hendiduras de la tierra pura,
cuando la alegría crecía como una mata de tiempo,
por las arterias azules de LO VIVO,
cuando caía hacia las aguas inquietas
el anillo de oro rojo y familiar,
y los ángeles jugaban ingenuamente,
sobre los tapices verdes ensombrecidos de silencio:
rondas y rondas y rondas danzaban
lanzando contra los troncos de oro enrojecido
las granadas risueñas, multiplicadas
en chispas de fuego alegres y nuevas.

Pero... había de venir el sueño
y se durmió LA VIDA,
se durmió sobre la sociedad de mariposas apachurradas,

sobre las alfombras cansadas de sangre y de llamas;
cuando el nuevo día arreaba por las montañas sus ovejas de
| luz
las piernas y los brazos de aquellos desventurados,
tenían el peso grave y omnipotente
del que ya ha vivido...

Como Rascolnicoff,
siento un peso radial y mortal que me abruma,
escucho un latido de sombra,
se agita sobre mis cabellos una ala negra,
sobre su sueño, los párpados violetas
brillan en lo oscuro de mi alma.

Tierras pardas, pueblo de años,
la incipiente Primavera se desnuda como una niña,
espolvoreando ruborosos besos de durazno,
perlas y pensamientos de perales, guindos y cerezos.
Todo está plateado, abierto meticulosamente
como un abanico de señorita de ayer.

“Es imposible construir en el vacío”, ha dicho.
Es imposible...
Al alejarse, como un árbol, alto,
sus brazos caían, como ramas o frutas,
las manos se movían como aquel que quiere asir al pasar
cosas livianas: cabellos, almas o pétalos vencidos.

Amelia, la solterona, viene de la Iglesia
“¡tan oscuro y ya regresa!” he dicho,
—“Dios no duerme y nos espera desde siempre...”
| ha contestado.

Siempre el mar de mi niñez, siempre el mar,
agitándose vivo, vibrante, oscuro, azul, infinitamente eterno,
tan azul que cada mañana nos cuenta una historia distinta.

En la ventana del cielo el Invierno ha colgado sus aguas,
los pájaros tienen el dolor de su silencio,
los ganados y los rebaños añoran el Abril ido,
por los caminos de la oscuridad se oyen galopes y aullidos de
| muertos.

Grandes ojos, que en la noche encienden leyendas son los
| vientos del Sur,
en la prisión del espanto las criaturas lloran de frío,
la madre abriga al hijo dormido con el fuego de sus pupilas,
mientras que allá, lejanos humos y rayos agitan la montaña.

Los automóviles pasan y brillan a la distancia,
—meteoros de Invierno—,
entre sus impermeables, el rico sale a recoger las hojas
| muertas de su fantasía.

Azul y oro, cruzado de luz tibia, el cielo;
por mis brazos desnudos cuelgan estrellas, su racimo,

águilas de alas negras dibujan sus consignas
a través del árbol transparente de mi cabellera.

Sus nervios y sus lágrimas sueltan menudas hojas,
haciendo coro y ronda al viento que corre alrededor de la
| tierra,
ha llegado la tempestad, enredada de auroras
y la siento en mi lengua abrigada de mieles y de besos.

Blancos, lechosos muslos estremecen la noche.

Su intenso traje de sombra herido entre boscajes,
allá una llama, un grito, un picaflor de luz,
abarcadora y total: ¿Eva?
lo descubriría todo, lo cubriría todo:
árboles, pájaros, briznas, celajes fugitivos.

Desconcertante y marina
con el corazón de pétalos intermitentes
destrozaría mariposas, plumas acaecidas del sueño.

Pelo esplendente,
ojos, rumor de algas, cristal de tilo nuevo.

Aquel estrado verde, largamente verde como la mano de
| Dios,
de vanidad y de presencia la envolvían,
sinfonía de alabastros y nieves CANDENTES,
harían huella en la tierra morena.

Fuente de plata, de mirada celeste
fuente henchida y entraña de primera canción.

Yo escribo así: “Eva y la fuente”,
y allí dentro de las hojas, las algas, su cuerpo de línea libre y
| vegetal.

Manos de harina intocada
de pan y agua, detenida a la altura del rostro...
en la primera actitud femenina extendida entre los mares
| sobre la tierra.

FRENTE POPULAR EN 1937

Pueblo de greda,
corazón de bronce, tu voz madura un solo grito.

Cuando al Frente Popular
bandera que flamea en todos los ámbitos del mundo,
océano alegre que aturde,
penacho de esperanzas con plumas rojas en la frente.

Abrazados a tus consignas
los explotados se tornan conscientes,
mejoran los enfermos,
las mujeres dan a luz agitando en sus labios la palabra
| VICTORIA.

Ya podremos, floridos, cerrar los ojos
tendiendo la confianza en grandes, alegres círculos,
y agitar las manos morenas
como quien ofrece trigo y granadas a los entristecidos por
| hambre,
o ir danzando hacia la posesión de todos los derechos.

¡Por aurora de tus reivindicaciones, multitud!...
por el pan y la libertad obreras,
por los puños sagrados de tus trabajadores.

ESCENARIO

De pie sobre llamas, tu zapato negro oprime una campanilla
| de plata,
grupos de palabras dejan caer su saludo feliz, mensajera del
| Sur, mariposas;
levantas tu velamen de pájaro marino sobre las colinas
| ardidias de sol,
arrastrando una sombra azul, como cabellera.

*

Así, dadivosa de los pensamientos y su flor mineral,
hecha dolor por tu voz que es moneda de cristal sombrío y
| cabello de oro:
los niños sangrientos, las mujeres y el rojo corazón de los
| soldados,
rayan tus rodillas el emblema solemne de sus estandartes.

*

El otoño ha templado tu lengua de cuerdas profundas,
tus ojos adivinan la polémica del futuro, parada en el hombro
| del transeúnte:
los puños rojos de la idea alumbran tu mano y tu índice,
tu mano, vela ciega en alta mar, conducida por vientos
| naufragos.

*

Mi canción de espigas trenzadas con auroras,
se desborda de rosas de vidrio y peces pálidos, bestias y
| diamantes de amaneceres,
recógela en tus labios que siembran mitos
para devolverla al corazón monumental de las multitudes.

CANCIÓN DE TÍTERES

La campanilla iluminó la luz y el milagro salió de entre
| bastidores;
en la platea se reía la calva de un cuello de goma;
las plumas de un sombrero se bañaban en las ampolletas,
| como nidos de pájaros muertos,
y tú, mi niño, cómo hacías entrechocar hilos de plata entre
| tus dientes.

Del corazón del firmamento pintado,
una mariposa de campo, controlada por el parpadeo nacional
| de sus alas,
vino hasta el borde de mis uñas rojas y allí depositó un
| huevo de sueño.

Aun el ventrílocuo hacía estallar su hechicería
cuando la sala vacía y desvencijada, en soledad, bañándose,
hacía la cuenta de su sombra,
como el atardecer, cuando se mira en la pupila perpendicular
de los ríos.

LUNA DE VIENTO Y NOCHE

Si clara, pacificadora y benévola,
si oscura tentadora, imantada, cruel,
densa para los pájaros, apretada de lo húmedo,
externa para los sembrados y los frutos,
interna y cálida para el cuerpo cansado.

Salir a beber la noche desde lo alto,
a escuchar su sombra y el arpegio de su imagen,
abrazar la hechicería de las estrellas,
echar al viento el barco de oro de un pensamiento.

Aisladora, fresca, trinada y absorbente.
Lo blanco más blanco,
lo oscuro más oscuro
y asesinadora de espíritus.

La miramos siempre de espaldas
como el mar o las mesetas del cordero,
siempre con el corazón azul
a emprender una larga ruta
que comienza en las uñas de los pies
y estalla en la raíz del cielo.

Ningún misterio le es ajeno,
su sal es metálica,
y dulce, tanto, su caña y su fuente.

Cuando salgo al encuentro de la luna
se multiplican las águilas nuevas y las aguas,
el mar se enternece,
el huracán sonríe a la montaña,
mis dedos improvisan un sudario.

Son esas historias redondas, achatándose hacia el Norte
las que dan origen al rayo, varón irreparable.

Ojerosas y desveladas criaturas,
ya es la hora de entregar todas las canciones
al sepulturero nocturno
que pasa tallando su hacha la tiniebla.

ARAUCANÍA

Por caminos de sangre, a la huida de la luna
se arrastran las madres araucanas, con la explotación a la
| espalda;
el crepúsculo capitalista las azota como un látigo,
pisando tierras muertas, tierras rojas, tierras negras.

Joven guerrera de ayer, entera mujer de Araucanía,
tu inmenso atado de pena, como la muerte pesa,
el fuego araña los lomos infinitos del cansancio,
las manos como sarmientos, que rasguñan, persiguiéndose,
entre el canto de color que cae de los telares.

Murió la canción del copihue sangriento, flor de volcanes,
la canción que jugaba con la tempestad entre los bosques
| azules,
ya está helada entre dos soles de abril y entre dos rifles.

Cuando la tarde se ensancha y atemoriza el ganado,
como un lago amargo,
la india sale a contemplar su tristeza,
la trutruca oscura y honda da la nota trágica al alma,
y ella suspira para los ojos del antiguo guerrero.

Ya de la raza heroica es el heroísmo su rastrojo,
pero la bandera de su juventud la levantan
viejos caciques rojos,
únicos al clamor nacional
bajo el signo santo y monumental
de la hoz y el martillo.

LENGUAJE SIN PALABRAS

Venía escribiendo tu nombre en hojas de amaranto,
tu nombre espada y cruz y océano de cadencia y tumulto
| marino,
cuando perdí la llave única,
entre reliquias, espejos, palomas y corazones rotos...
y ahora, escrito está en el correr de muchas aguas.

¡Salir del sueño, pisar lozas quebradas y arañas que
| escriben los muros,
beber rocío amargo de albas despeinadas,
volverse como las monedas con sello eterno en la espalda,
y después, de nuevo, con tentáculos de alma enferma
ir acariciando la apariencia del mundo muerto y de la
| muerte!...

Sobre la idea el YO, como oscuras hojas de yedra,
a pesar de mí misma, a pesar del dolor variable de las
| estaciones,
construyendo realidades indescriptibles, brotadas tan solo
| como quitasoles sin historia,
en el regazo ardiente de mi conciencia.

Monólogo defensivo, gota de alma que cae desde un telón
| de fondo,

piedra de río negro y tardío entre azules cóncavos,
piedra que viene a caer y a chocar contra mi esqueleto,
precisamente, en este instante en que las ventanas no
| existen.

Giro a la ribera de mi organismo,
porque las golondrinas escuchan mi pensamiento,
invadido y sangrante de aquella historia
de rosas de fiebre que se liquidan entre los labios.

Palabras que, por cabalgar la verdad,
alcanzan la ficción y se anticipan, amargas,
a la verificación de los olvidos;
(yo quisiera llevaros por mis palabras,
que se hacen palabras entre las palabras,
y con las llaves voy queriendo hacer este nudo
de cadenas e interrogaciones).

Detener la marea, que inunda, sola y oscura,
encauzar el espíritu disperso,
aprender a mirar cómo el águila es posible que mire lo
| invisible.

Cuando el dolor justifica el papel rojo,
ya es más del mundo y menos del fantasma tenebroso,
que no habrá de hundirse jamás en las tinieblas.

¿Habéis sentido alguna vez el ruido en soledad hecho,
de unos recuerdos humanos por las galerías,

esos pasos que a la hora del sol gotean luz, en los castillos que
| no existieron,
y pasión frente a los tableros redondos,
donde se incendian las pupilas más vencidas?

Mi paisaje por eso es negro:
cortinajes y academias pesadas de tiempo y alfombra
| polvorosa,
desteñidos sillones de azul muelle, tornasolados,
mariposas de eterno temblor, intactas, en donde el azahar no
| madura,
ritmo entre la oscuridad y lo oscuro.

Describo mi trayectoria,
como música tibia, presencia, pena, pan de visita triste,
lágrimas como uvas de sombra,
detenidas en el extremo sutil de las pestañas,
¡Cómo me apodero entonces de la noche sorda,
coagulada de nieblas!

Todas las horas asumen un solo color,
una sola temperatura, una sola cadencia y un solo eco,
clavado en las estrellas.

Por eso, abro, también la ventana
y mi mano,
como un pájaro celeste se equilibra, surge, aletea, cae,
trazando un círculo debajo del cielo y muere,
¡oh! Como el símbolo secreto, abracadabrante y desnudo

de la obsesión ramificada,
personalmente inútil, rota, extendida, con negras perlas de
| crimen.

El papel recoge tumultuosas visiones
que desmigajan la narración sin ilación aparente...
escudos que son letreros cavernosos
en una superficie incolora, que van agrandando,
el volumen de la desesperación.

Vivo, quemándome,
vivo pisando cenizas ardientes.

El sol del verano hiere mi piel contemplativa.

El dolor es una flor de sombra.

Y cierro la ventana a las moscas de metal amarillo que me
| golpean.

Intermitente, agobiada, presurosa,
salí de la niñez dolorida,
a la adolescencia atormentada, en donde el deseo mordía la
llama del deseo;
y ahora: hijos en faena.

“Había una belleza
de hogar claro, sano, florido de yuyos puros y alondras,
pero un día la manchada,

se revolcó en las auroras del tiempo
y asechó y escarbó
y destiló un veneno de culebra sin título
en el corazón del hombre:
la mentira cubría la estampa pintarrajeada
de engaño”.

Camino por aquí, por ahí,
la veo, la oigo, veo aquellos ojillos pequeños
debajo del dibujo trunco,
el ademán aceitoso de mulata,
la nariz pinchada,
por los dientes parejos de animal con dientes,
en los que quebraba la sonrisa maldita...

¡Oh! Tanta ceniza derramada por la satánica ceniza,
pacotilla que enloda las altas montañas del sueño,
nuevo azul de quimera, que emerge, nuevo,
y tu desamor a la siga de los manantiales,
¡oh! Girasol frente al muro,
otros hongos, otra aurora de fuego, con otros remotos
| porvenires
y tu recuerdo, de codos en el balcón,
frente a frente al camino
—racimo de aguas negras en clara agua de olvido.

TODAS LAS HORAS ASUMEN UN SOLO COLOR,
UNA SOLA TEMPERATURA, UNA SOLA CADENCIA Y

| UN SOLO ECO,
CLAVADO EN LAS ESTRELLAS.

Feliz canción fugaz anida en la ventana,
es el amor que llega de perfil, realizando su estampa aguda,
audaz como otras veces, sombra de sombras,
acurrucado en mis rodillas, solapado, cruel, angustiado.

Recuerdos que debieron echar llamas, muriendo;
pero la hermosa mentira, que es verdad,
crece su reserva sentimental en los terrenos devastados,
aventados al vendaval.

Mi manuscrito es claro, con los brazos abiertos,
como el cielo por la mañana:

“Ya estoy aquí, decías, de nuevo, yo, adentro de ti”;
pero yo veía tu cara y no tu alma,
y no podía creer que podía creer lo que miraba,
porque estaba dividida en dos racimos,
de sol y sombra, en dos racimos dividida.

Y las palabras se hacían plumas al caer
sobre mi resignación de manantial herido.

Muchos siglos que los ojos dormidos, que son los míos,
guardarán tu ser cambiado,
aquellas noches lúgubres de la Primavera que murió en

| Primavera,

llenas del horror de tu delirio,
la noche ya doblada y ese interminable coche
que te traía a través del espanto.

Lejanamente, en la inútil presencia del pasado,
sonámbula, tratando de salir a la superficie de un sueño.
Nunca ya habré de borrar el asombro
y el amargo y funeral sabor de lo indescriptible.

“Nuestro amor venía de antes
y su tiempo debería haberse medido
después de morir”.

Solo un presente me invade íntegra,
¿dónde empezó la verdad, esta verdad, y donde la verdad
| tronchada?

¿comprendéis lo amargo de la juventud
que envejece el espíritu?

“Estabas confuso y oscuro, esperándola,
la inquietud de la culpa del alma te hacía discontinuo,
te gritaba en el rostro, el bruto,
la llamaban tus involuntarios terrores,
y la sorda voz del equivocado;
sin comprender aun, lo que comprendía, como se
| comprende el llanto,
yo te miraba”.

“Uncida a la puerta de la puerta,
sentía venir el horror
apretando el corazón contra el muro
que temblaba”.

“Y caí a la pasada de la desgracia,
porque tiritaba la tierra de adentro,
herida en el vientre”.

¡Qué extraña la palabra “SOL”, el Dios del mundo!
¡siento que resurges desdoblándote, entre tus estadios y
| ferreterías,
como si te miraras en tus abismos!

Escucho cimbrarse en lontananza
mis sueños rotos —velas de un querido navío perdido—
veo los ruidos negros del viento,
absorbiendo los miedos, los muertos entre los cerezos,
y aquel ardiente olor tibio de las abejas,
en el minuto en que mis pies pudieron fotografiar lo último,
cuando los candelabros esmaltan la sombra...

GOTERA DE DULCE DIAMANTE

Grito seguido de aquel ruido de goznes rotos,
o de animales muertos en las charcas,
grito arrastrado y confuso, de las criaturas al nacer,
voz oscura y dramática que me llama desde el fondo de la
| tierra,
desde la infancia, sepultada al otro lado del tiempo.

Paisajes con aguas santas y esplanadas vegetales,
un enorme aerostático encima de los pescadores,
plaza de pueblo y mar.

El mar que cubrió, sublimemente,
mi niñez pequeña y atormentada,
mirándome con su enorme ojo acuático de animal
| sacrificado,
inmensa y trágica esmeralda.

Pero ahora es el viento de la ciudad cosmopolita,
el que trae olor de magnolia salvaje,
mientras se coagula el dolor de España que va por las
| carreteras.

Más mis brazos desnudos se agitan bajo la luna,
son banderas de paz y de pasión,

son latigazos de sombra, bridas de venas azules,
| monumentos de arena.

Construir, construir llorando,
construir con orden en este desorden melancólico.

Tal vez.

¡A la distancia, nunca, nunca!

El papel es rojo y está frente a frente al dolor,
| amenazándolo,
y el dolor es sangre y es muerte,
como nosotros, y mundo, y un lirio en una lágrima negra
y un yo que no podrá hundirse jamás en las tinieblas,
aunque lo echemos, como llanto.

MADRES CONTRA EL FASCISMO

La tempestad es negra, el viento es negro,
el huracán fascista desgaja las puertas, madres de América;
son los tigres de la jungla,
las serpientes arrastrándose entre ciudades floridas,
es una lágrima azul de ardida pólvora.

Pongamos los fusiles en el hombro de nuestros hombres,
defendamos los hijos acaecidos como rosas rojas o amapolas,
defendamos el pan y la leche para sus vidas sin defensa.

Ya se ha enrojecido el diamante de nuestro pecho
y el azahar de las entrañas,
por eso llevamos en el cristal del espíritu un puñal escondido.

En los trigales de la democracia
arde el copihue de heroísmo y el estruendo victorioso de los
| tambores americanos;
levantémonos junto a la epopeya de las multitudes
mezcladas al clamor de los hambrientos de libertad,
frente a la presencia traidora del fascio.

Llamemos a las puertas de las casas
temblando en las calles como naranjos mojados
como huertas inundadas de miedo en la oscuridad.

Habremos abrazado la tierra,
madres del mundo,
madres del trópico, del Sur, de la pampa sonora,
con el anillo sin medida de nuestra desesperación.

MONITA DE PALO

En el almacén de maderas antiguas,
irradiaba y hacía sombra
con un vestido de LAS ESTRELLAS BAILANDO;
manejando el sentido del éxtasis con manos celestes;
así las criaturas del porvenir,
haciendo crecer el trigo en el hueco de sus manos,
frente a las luminarias acostumbradas.

El príncipe inverosímil
con el canastillo de oro y la zapatilla de relámpago,
—”dejadme pasar, señoras, es la hora de la vendimia y del
| lucero”—
¡entonación de bruma y de recuerdo!

A ti, hijita, mi pequeña de los ojazos perfumados
—ale, mirra, sándalo y mariposa—,
MONITA DE PALO te va a regalar su vestido de esmeraldas
| encantadas,
y, a la orilla de los caminos,
podrás mirar hacia atrás la espuma de tu atavío
| inconmensurable,
el mapa tendido entre dos abismos,
y una cáscara de nuez, diminuta e inmensa,
como todo aquello que está adentro.

CONSTRUCCIÓN DE ABRIL

Tempestad rural escanciada en suertes de aluminio
ríos desordenados,
botellas de zafiros,
tiempo amarillo, exacto, limitado, rígido,
implacable.

Horizonte gris —coral, líquido, solo,
silencioso;
paliduchas, frescas estrellas que no se caen,
perros tuberculosos diluyendo perfiles
en ladridos de sangre.

Desde mi vientre
echo a volar murciélagos y choroyes,
murciélagos para que la noche se transfigure en alas,
choroyes para que el grito del día reviente en la torre.

En mis oídos una flecha muy fina
deposita el moscardón ojival de la pereza.

Documento sellado con escudos mohosos
plantas aborígenes, ojo de fuego,
magos y adivinos con escarpín,
entre mis dedos el chuncho y su puñal de diamante.

Botón tardío de rosa azumagada
fragante a rocío impenetrable.

Reducto forestal, pajarera estridente y sencilla
cuna, donde un caballo y un arado
hieren el firmamento convulso,
pinacoteca de gallinas en rumor caminadas.

El marco giratorio de este balcón, arropa
ese feroz paisaje de ceño taciturno,
riesgo de flautas en la lengua del día,
enajenando el tiempo van violentas las aguas.

Gentil araña, sopor del alero carcomido,
ufana su castillo blanco de sedería, antiguo,
reinado que se aísla, vaporoso
cruzando la frontera de los hielos hirsutos.

Cañaveral frenético y sonoro,
lirio azul oriental,
aire que corroe la entraña del guiñapo
en lo vencido y roto de su esqueleto rojo.

Forma de semillas podridas
en una misma y única sola copa
junto a tiernos claveles pensativos,
abrazada a la sombra de un muro entre la niebla
donde siete alhelíes absorben el destino.

EL SUEÑO DE LAS ALGAS

En mi abanico de coral están pintadas las rutas perdidas
| del mar,
en mi abanico de coral.

Los recuerdos que duermen en los cajones de caoba,
peinan sus cabellos de algas submarinas con una peineta de
| humo,
grabada por un duende amarillo
que fue poniendo, en cada diente, un beso de la aurora.

Luminosa está la arena y los pies desnudos de la luna la
| aumentan dulcemente.

Las palabras del mar suben con la marea;
¡algas, peñón, gaviotas, faro, barcos, espuma y olas,
soberanas, femeninas e infinitas olas!

EL SUEÑO DE LAS ALGAS, guarda un secreto
escrito en siete perlas color de cuento azul,
cuando las mujeres entran desnudas a la seda del océano.

LOS VIAJEROS MARAVILLOSOS

Como si se estrellaran cristalerías en cántaros de plata
vibraron así sobre los puentes de los barcos rusos
los niños españoles: eran humo y yerbas, sangre y luz política
luciérnagas asombrando un crepúsculo ya caído de polvo y
| de miseria.

Las arenas mojadas de lágrimas y muerte,
endurecidas, enfriaron los pies de dos mil madres,
despidiendo a los que llevaban
la estrella de la tarde prendida en las entrañas como una rosa
| abierta.

Niño moreno y dulce, del más allá sin playas
donde un pájaro de oro rememora archipiélagos,
el arco iris de tu risa quebrada, incendiará la humanidad,
cuando setenta barcos anclen bajo las brumas.

Plata de terciopelo negro, terciopelo negro de plata,
extendidos en el añil profundo de la muerte,
eso, nada más que eso a tus espaldas...

Ahora, la mano tranquila de Rusia se florece sobre tus
| sienes,

son las rosas de todos los sueños, son los almendros de todos
| los vientos,
la música, el color, el libro, la miel de los panales
| desconocidos
la que asalta tu imaginación poderosa, flor de tragedia.

Ya no interrumpirán tu sueño las bayonetas fascistas,
el bolchevique adivina y venera los niños
peinándole los cabellos bajo el sol y la sombra de la industria
| y la riqueza,
por eso, entre sus nieves y sus torres,
entre sus estepas y sus cañones y sus aviones
| multitudinarios,
florido de fusiles y ametralladoras,

tú, niño de España, hallarás un nido, el más blando que el
| amor podía construir,
un nido de golondrinas, de barro, de diamantes, de trabajo,
para las criaturas de la España republicana y mártir
entre sus ruinas imponentes.

SINFONÍA DEL INSTINTO

Enajenar un nudo de albas sobre la frente,
un turbante a detener la sombra
con la estridencia de sus medallas.

Licor de cicuta, campanas.
Estoy confusa, no me reconozco;
cuando salgo al encuentro de las amapolas,
ya la tiniebla me invade.

Sino fatal, reverenciado más allá del otoño;
camino a tuestas, sonámbula,
arco y triunfo desplumado sobre la carretera,
me lastimo los pies y la helada
salva la existencia de una rosa.

Ya vienes, enlutado y febril
haciéndote olvidar, presentando
el sello arcano
que el hombre graba a cincel
sobre sus espaldas.

Allá está el faro atravesado de águilas,
mis rodillas sangran
desde que la punta de mis ojos no me adivinan.

Corteza de árbol feliz
que da albergue a las luciérnagas,
esas que suben la montaña
y bajan al valle desde mi cerebro.

Ronda de pájaros y niños fosforescentes
cazando lunas y pétalos de canción fugaz.

Yo limito la carretera del dolor
y me enjugo las lágrimas del plenilunio, entre follajes
que cuentan cuentos de aparecidos y fantasmas,
a quienes nunca vi,
a quienes, sin embargo, temo
tanto como a mí misma.

Duermo, sonrío, la esencia de mi ser se disgrega,
entre las uñas de mis dedos las ideas florecen
y se incrustan rectas y venenosas
en el corazón de la noche.

Menos mal que me invade una claridad sonora
y voy por los ríos, azotando piedras o cráneos
que son incienso en el altar del pecho.

Desnuda contra el horizonte:
agua, atmósfera, líquida, fragancia,
armonía de un instante
en que lo bello despliega todas sus velas
para recoger naufragos.

Por mi frente los elementos
me trasladan a firmamentos claros
y mi carne oscila como la llama
y crece como las mareas.

Soy la aeronave que se interna
en los múltiples vientos
respondiendo al eco divino
que a voces me llama desde la aurora.
Ilusión deshojada sobre el huerto frutal
de mis senos en flor.

Tájame, fulmíname,
déjame sobre la cima del volcán
donde Apolo refresque mis labios
agrietados de duda y temas invencibles.

¿Qué fue lo acontecido?
Nada, dicen los ríos en desorden
enroscando recuerdos y paisajes borrados
y la lengua con terror y sabor
de tierra y de memoria.

Rodando, ciega de luz,
araña laboriosa de los sueños más puros
que el viento borró y cristalizó en una lágrima.

De otra vida venir
e ir al caos, sin conciencia,

con las sienes sumergidas
en la atroz leyenda: vertiginosa, inmaterial,
sedienta de eternidad y perdón por las ofensas y sus ecos.

La pequeña paleteada de alma
sobre los mundos invisibles
que lloran desconocidas desventuras
y escuchan discursos de luceros y rayos perfumados.

Espíritu, palabra, mirada ardida,
ajena de rumor de las venas;
el paralelo de las piernas
como cuerdas fatales
apartando la sombra.

Alegría de pensar más allá del viento,
sea la gaviota reja que gira entre los soles
mientras las otras, grises,
blanquean la superficie del océano.

Ya mi voz duerme sobre los sembrados,
estoy inmóvil, aureolada de rocío y misterio.

Dependo de ese viento sutil que acaricia el fresno,
del parpadeo del abedul
y de su maquillaje perenne.

¿Volver atrás? Nunca.

Empezar de nuevo,
arrastrar y levantar cadenas
con ese ímpetu del ser que pinta rosas
en las mejillas de una prostituta.

Atrás están los hechos con sus fechas borradas,
un pañuelo a la distancia con olor a pólvora
y esa palabra que no vino jamás.

Nunca zarpé del puerto,
no supe del adiós y del regreso
y, sin embargo, todas las cosas se han ido de mí,
mientras en cada mañana retorno desde el sueño.

Aún, dice la estrella,
aún, la rana con su rumor de agua polvorosa
y yo le respondo: aún y siempre,
despavorida, ante la belleza mordida y curvada
por los inútiles intentos.

Hay algo en mi que no puede morir,
flotará en las atmósferas más desveladas,
se irá de perfil por los desfiladeros,
besaré estrellas y lunas y soles,
mascará diamantes y se hará transparente
como la luz del mundo.

Vendrán tempestades y cataclismos,
lo eterno se abrirá las venas
y yo le miraré al fondo de los ojos.

Pero este número, este yo, este límite
que me ahoga, esta carga, este lastre
que me aplasta, ¿dónde caerá?

Triunfar del horror, ser nube
electrizada y bella
disuelta a horcajadas sobre la muerte.

La primavera derrochó su instinto floreal:
las lilas, los copos de nieve, la corona de poeta,
esos lirios negros, morados y ebrios
que llegan al balcón de los secretos recursos
cuando nos desnudamos de la envoltura mortal que nos
| cubre.

Sobre la colina
el acordeón de la tarde trae ecos tráfugas.

El bosque y su melena de esmeralda,
las piedras inmóviles,
la quietud que se eleva
balanceándose sobre el abismo
y mi perdón arrodillado
perdido, imantado,
tenaz, abrupto y asesino.

Dueño, mi dueño, ¿eres una palabra?
¿eres la ficción, lo imperativo, la verdad?

¡Si las turquesas y corales salieran del mar hondo
y mis manos las pulverizara y las aventara
a todos los vientos!

Ofrenda de grito reprimido,
dolor azul que taladra la montaña,
batalla de tanques heridos
contra el vendaval de los pueblos.

Qué grito, qué rebeldía de alas puras.

Filo de luna menguante,
garra de animal moribundo,
veneno, horror, tibia canción entre ropajes
más tibios que las criaturas en el vientre materno.

Vanidad fría como mis rodillas
desprecio altivo más que el trueno que me cohíbe,
mueca de todos los rostros,
que llevan en el lomo una serpiente.

Venid a mí, muchedumbres,
venid en ronda subterránea,
quiero decir la verdad amarilla.

La verdad que es mentira,
la mentira más inconmensurable,
porque tiene ese hedor de cadáver
y esas gelatinosas espermias
que se sonríen a la luz de la luna.

Diana cazadora por los caminos siderales,
llevo el peso de los siglos en mis hombros,
sacudo el polvo y estoy siempre cansada,
metida en el abismo de un caracol gigante.

Diana cazadora en los parques del invierno ido,
con un corazón palpitante entre los dedos,
¿para qué? Para arrojarlo
al festín de los perros
como arrojaste la belleza y la estampa
diluida en la frontera de todas las pasiones.

Diana, ¡escupe lo único que posees:
el recuerdo!

Venía desde muy lejos
con arena y melena de algas quemadas
y se enseñoreó en mis dominios;
todo era mío: la pared quebrada de sol,
la fuente lúgubre donde se bañaba el espectro de un árbol
y danzó la danza de los lirios negros.

En el fondo de mi ojo se cubrió la pupila,
se hicieron milagros con zapatilla de humo
y entré al redondel de hojas en torbellino,
mar afuera, como los barcos sin timón,
gozándome de esa grandeza que como las pirámides,
se deslíen con el fulgor de la mirada.

Fui la película donde la actriz se mira
y se siente creadora de sí misma,
con el ama de encantador oriental
a la hora del inciensos y las arañas impresionantes.

Sentí mi desnudez reflejada en el cielo,
los brocados de oro de la tarde me cubrieron,
maravilla, sorpresa, alada armonía,
que mientes y no me descubres.

Son los ratones de la costa serena,
suaves y furiosos,
arpegiando el arpa rubia que desata tempestad.

Era en la navidad cuando los pinos sudan de confusión,
mi corazón ovillado aguardaba
la ola definitiva que había de arrastrarme
por los pantanos. No tenía miedo ni alegría.

Fue el éxtasis.

Había color y terror
y no sentí su alarido.

Así como la joya del sultán
en la bandeja del imperio.

Después... paso a paso,
débil nave, arribé a seguro puerto,
pero allí nadie me esperaba.

“En verdad, sólo un cosa es necesaria” ...

Me afano, hurgo, trajino, gesticulo,
agoto las fuerzas y me curva el cansancio,
pero desde ese fondo me alzo nueva y maravillada.

Señor sol, adelante, el sillón está vacío,
hay fresas en ese canasto y agua de vertiente
para tu luminosa pesadumbre.

De espaldas contra la noche,
lentos movimientos, silencio,
una cuerda, un pétalo peregrino del alba,
confusión, extrañeza, miseria humana.

Las muñecas de trapo agitan el conjunto,
son flores de cemento
en contrato de paz y de silencio.

Yo te amo, pero mi pensamiento
tiene el contorno de su mal sin remedio.

En el delirio me incendio,
la ceniza me escucha y llena el cántaro
con la claridad perpendicular del deseo fallido.

Aquí está la paleta y el color de oro sensitivo,
pero mi cabeza es de plata y pesa como las monedas.

Flautas del dios Pan,
arrebatao los estrados del bosque
llegan a mi oído;
es la armonía cardinal del ocaso.

Es necesario enterrar los ojos
para entregar el espíritu.

Detener tu avance, ¡oh!, vida,
detener tu hálito guerrero
y apagar tus llamas amarillas.

Estoy agotada y luminosa,
cada rincón de mi cuerpo resucita;
los demonios de la locura
extienden un tapiz con pólvora y tiniebla,
la pasión exalta y languidece
fosforescente, reprimida, desmayada.

A mi alrededor muere el venado
y las flores se apagan como cirios
cuando mi vestido de penas es inmortal.

Si muero, el terciopelo bendecirá mi mejilla,
la oscuridad prenderá su ceniza, para abrigarme.

Yo me alzaré como la libélula
en un solo pensamiento que abarcará la nada.

Polvo, dirán las almas esporádicas,
polvo, clamarán los corazones cobardes,
pero este polvo gris, alucinado y deforme
clamará, a su vez, inmensamente
por el amor eterno.

¿Estás ahí?, ¿estoy aquí?

¿Somos hechos de qué luminosa consistencia,
sumergidos en qué abismo sin presente?

Los abuelos con su leyenda crepitan bajo los puentes.

Palpitan las sienas del mar
y su novela arde en el disco inmanente del tiempo.

Como gota de plomo, mi corazón
se hace denso horadando el pasado;

sin querer te vivo, pasada memoria, momento gris,
hora perezosa y fugaz ¿del mundo?

Los mercados con sus frutos rosados
invaden el alba y las horas oscuras,
peino el sauce de mi cabello cotidiano
y trajino la espera y el solaz de un momento.

Rebano mi tajada de pan
antes de morir del todo,
bebo en el cristal azul de un sueño
el resto de mi copa vacía.

Alegría de pertenecerme,
de acariciar el pensamiento mío
y por mío perfecto,
borrar los contactos,
olvidar las respuestas,
despreciar las preguntas,
por ser del yo la única palabra.

Saberme enferma del alma y sonreír,
alimentar alimañas que corroen las entrañas,
mirar con mis ojos
este fondo infinito que me alarga la vida.

Claro olvido de Dios,
sin aspiraciones, ni venganzas.

Al borde de las cuerdas del puente,
empinada en la punta de los pies,
alcanzar el firmamento.

Ser pura como la flor del almendro,
envanecida y soberbia.

Oscuro olvido de Satán
espolvoreado sobre mi cuerpo.

Nada poseo sino la tierra,
nada deseo sino la tierra,
nada exalto sino la tierra
y, sin embargo, nada odio tanto como la tierra,
y en ella me sumerjo anticipándome
herida de espanto, alucinada, sola,
con la alegría del demente
y la lengua del ahorcado,
entreabriendo los labios insaciados
por el calor de un beso inmenso.

Si cantarán los pájaros
o chirriarán los búhos y los chunchos
cuando me precipite en la tiniebla definitiva.

Preferiría que en la ventana
echara el sol su aliento rudo y sofocado,
saludada por las acacias de mi boda,

iluminada por sonrisas de niños,
cruzado el cielo de pájaros de acero.

Será primavera y la tierra estará seca y fresca;
entonces una llovizna diáfana caerá
y mi cuerpo cansado se sentirá bien
como las semillas que el sembrador
arroja en los surcos.

Países ardientes, con ruinas y huesos humanos,
dulce viento arrasado de mariposas blancas,
guerreros y santos en estampas murales
y el mar lejano, misterioso en carcajada de espuma.

No tejieron mis dedos linos ni algodones candorosos,
pero en la sombra mis ojos tejían auroras,
mi alma se alzaba y caía y sollozaba
porque algo la llamaba desde la nada.

Fui al pozo, era redondo y simétrico
como los anillos de la luna.

Agua vertical, rítmica y lustrosa,
mosquitos ínfimos y desorientados,
manos morenas y pensativas,
vértigo-canción, viento norte.

Me envuelvo toda con los restos de una lira quebrada,
en los espejos del mar me miro,

esmeralda dura, diamante fugitivo,
vuelo que despierta al pie del torreón.

Pero eres tú, indescriptible sonámbulo,
el parangón de mi minuto.

Te conocen los ecos de la luz
y me absorbe tu destino.

Engaños, traiciones
me encaminaron hacia la quebrada,
miré y vi una mano y una risa egipcia.

Un escenario confuso y contraído
que me conmueve y desatina,
corro sin detenerme jamás,
trepó al último balcón,
lo profundo me alcanza y desgarró
el borde de mi traje.

Trance, locura de amamantar un hijo,
rodearlo de maravilla y enseñarlo a mirar hacia adentro.

Los vellones del cordero se vuelven púas de acero,
sus ojos son punzones, sus manos tenazas.

El desequilibrio cruza y tortura
la dispersa confabulación de los huesos.

Cuando el agua salada nos mece,
decimos: azul, azul, azul;
allá se enciende una luz
aquí se apaga una tiniebla.

La virginidad huye del planeta,
los instintos muerden,
Satanás los azuza y los comprende.

Es un círculo que se aprieta,
ya no veo sino la imagen ultrasensible;
grito: luz, abridme las venas,
dadme una pluma de oro y un pergamino.

Ahora sí, reconozco tu nombre
empapado de sangre, atravesando las nieves,
saludado por las águilas.

He vaciado mi vida.

Como a mi madre, la espera me hace trágica,
un puñal me observa,
con él escribo en la arena mística
nuestros nombres sin cruces.

Mis muslos están trizados
¡y son las columnas del templo!

Siempre al límite, siempre la puerta,
siempre hasta ahí: lo humano.

Despertar y saberse desnuda,
conocer el secreto de las ansias,
ser isla, espiral, cardo azul al borde del abismo.
Si maldices mi alma, reconócela al menos.

Grisos cabellos en la polvareda de un presentimiento,
baúl de ébano con rosas dormidas.

Los heraldos van por el camino;
hierática, inmaterial, aguardo.
Han pasado en pompas de jabón
haciendo trizas la estrella palpitante del río.

Vísteme del temblor de los luceros,
apriétame el corpiño triste
de este silencio que me mira vencida.

¿Dónde vi esas paredes blanqueadas
a la luz de un quinqué?
¿y esas rosas rojas amparadas bajo la lámpara?
¿todo lo verde y enrejado,
los suelos enladrillados
y la bruja afirmada en el viento?

En el fondo del mar
estaba el grave y celeste infinito
que hizo mi carne pura y mis ojos segados.

Gota de agua igual a la otra gota.

Polvareda en donde todo se consume,
delirio del océano agitado,
monstruos que gimen,
corceles de brida suelta
y orines imantados.

Fuerza y desborde
de la contagiosa belleza,
qué de extraños lamentos nutre, canta o calla.

Rito del espíritu
en la mansión de las quimeras,
apretada inquietud de los abismos.

De pie, como si caminara,
los ríos me llevan desatada por el silencio.

La presencia de Dios y su imperativo
allá en el fondo de mi ser,
iluminando el drama desenvuelto del dolor.

Dolor de sentir que somos todas las cosas
que la materia puede concebir: horror, y término y ternura,

ilusión maravillosa y temblor
en la mirada verde del mar.

Arrasarse y ser de sí misma
el propio y gratuito asesino de la tarde.

Detrás de cada puerta
escuché la carcajada helada,
mi sensibilidad se partió
me cubrí con la capa del amor
cuadrulado como todos los colores de las ansias.

Seguí fugitivas estrellas
que se iban de cabeza por el cosmos,
y ellas supieron de lo inalcanzado
y de todo eso que la muerte lleva en sus entrañas.

Amado mío, ¡cuánto perdiste!
si en esa cabalgata de sueños
al menos una vez se hubiese transfigurado mi alma.

Cómo nuestros huesos,
a veces, se cansan de su mismo ropaje.

Porque la mañana es rosada y verde
y la tarde azul y sombra,
y nuestros ojos siempre negros y encendidos
y la misma palabra profanando la lengua.

Pastora de mariposas y ganados,
mi flauta de caña se escucha a la distancia.

Alguien hizo sonar una cadena
que llora como campana sin eco;
bajo ella mi corazón se esconde
con la inquieta sabiduría de los gorriones.

Allí están desatadas las maravillas del mundo,
esas que mis manos y mis ojos hicieron posibles.

Lo eterno en el ala del gusano de luz
y el soplo de tempestad sobre la edad de las encinas.

Porfía de hurgar y desmenuzar
y ver, y tocar y dar forma
a eso que los poetas se comen
y los sastres escupen.

No sufro y vivo del sufrimiento,
costumbre de abrigar en el seno los números
y manejar el compás y la línea
hasta que el suave rumor de nuestros pasos,
se adapte, se haga una sola y misma cosa.

Hierática, admito la ley, frejol del alba,
mentida y musgosa rosa de las épocas.

Sencilla como la muerte,
hago derroche de piedras preciosas para tu conciencia.

Te veo hacer de ti ese barco pirata que decora los mares,
y te doy mi dolor para que hundas en él tu cara pálida,
y el brillo engañoso de tu ojo de diamante.

Desvanecer lo rojo hacia un rosado apenas
y de lo blanco ir a lo transparente
y desdoblar el alma desde lo negro a lo profundo
y escalonar el dolor, la agonía hasta la muerte
y todo con un pincel tan fino como las yemas de los dedos.

Cantarita inútil, humilde, silenciosa,
flor de un momento, remolino de carretera,
el carro de la civilización, ¡ah!
salvajemente anulando huellas, briznas y corazones de niños.

Irremediablemente me revuelco en el horror
arrancando sonidos de violín de mis nervios.

Frente al espejo que me devuelve la mirada
y que me grita con un grito demacrado.

En las noches, muy juntas las manos,
sentirlas tan pequeñas con el mundo en las palmas.

El rodado viene, anuncian desde la cumbre;
esquivo la silueta de silencio, arrebuja y nítida;

soy del miedo la carátula
el lomo de lo hondo rudo,
cuando los terrores exaltan los sentidos.

Un nido de serpientes
se desparrama sobre la glorieta
solucionando campánulas y hojas de nuevo cuño.

Mi mundo, mi locura, mi sueño,
como si no encontrara ojos ni cabellos,
frente a frente a los olvidos,
a la pasión violenta, a la verdad desencantada.

Años, esperanzas, colinas,
para encontrar una llave perdida
que ya no calza en la cerradura enmohecida.

¿Pero, es cierto que es estoy al borde de la vida?
¿Cuándo aparecí en estas románticas orillas?

Unas nubes oscuras se ensanchan como banderas,
el sol me calcina con sus luces violetas,
el barro de mi huella enarca su misterio.

Qué sería transfiguración y qué asombro,
qué sorpresa de ser la cifra y la partida
de esta carrera loca que no va a parte alguna.

Es la redoma de la voluntad,
esa voluntad sin margaritas ni jazmines,
eso que no es diáfano ni maravilloso,
sino concreto, difundido, pesado y material.

Voluntad que no vuelve la cabeza tan pegada sobre los
| hombros,
voluntad que se va por la montaña indiferente
y regresa por los caminos de la demencia.

Mujer, tibia fosforescencia sin arraigo y sin clima,
tempestuosa en la serena claridad de lo pequeño,
alargas la cuerda del volantín que va por las esferas,
y cuando roto y solo, juguete de los vientos,
da de cabezas con la nube,
preguntar, como un niño: cómo alcanzarlo ahora...

Nunca supe de mí más de lo que fui siempre:
reloj, máquina con setenta rubíes a la espalda.

Olvidar todo y con planta quemante
pisar la tierra por la vez primera,
sin esperar que el viento nos señale la ruta,
sin seguir esa estrella angustiada que pestañea y ronca
ahondando el abismal reducto entre la sombra.

Son los trinos de lengua fina, nítida
los que me rebalsan el labio descreído.

Maravilla de cantar siendo esencia de canto,
íntima inquietud de la palabra hastío.

Duermo excesiva y transparente
como la magnolia impresionante
que cae de su peso al roce de un grito.

Gitana de alma, señora de costumbre,
viajera de pies desnudos e hijos a la espalda,
orillando florestas y ríos y canciones
no detenerme nunca ni por lunas o soles.

Sentir finalizada la ruta curva y disociada
del eterno cansancio,
arrojarla como la cáscara del fruto amargo y dulce.

Nunca pedí lo que no habrían de ofrecerme,
cogí rosas y bebí zumo de estrellas;
esto me hizo armónica y desconectada.

El egoísmo no perdonó
mi diáfana sensualidad,
—motivo extraño—.

Enloquecida traspuse el lago
remando, cantando, sin alcanzar jamás la orilla.

Cisne de cuello caprichoso,
despreciativo y altanero,
inefable y moribundo destello de otros arcos futuros.

Tu risa quebrada es hipnótica y distante
junto a mi cara del color de las horas.

En la reja del parque se saludan las lagartijas.

Eres de un mineral azul-rojizo y duro,
reflejo de montaña o caudal de torrente,
tu fuerza desbordada enloquece al cordero,
tu voz se compenetra de un vuelo de playas amargas
y destila aguardiente de venganza.

No estoy triste ni alegre,
aunque el término es frío y contundente.

Desde donde parta llego al mismo destino
con toda su pompa de hilo de oro y perfumes exóticos.

Maestra alucinada que no enseñaste
la muda convalecencia del regreso,
esa que no se seca al sol
y se lava en aguas de sombra;
teniendo la condición que no tiene
la maestra de carpeta de cuero:
no poder engañar con la alegre e inocente mentira.

Acaso el eléctrico grito más azul del universo
cruce los elementos en declive
—imán y término—.

Viajera de la noche, corcel de humo inmóvil
atravesando la alegría del desengaño.

En mi canasto de aurora
el sol, canario del alba, rebalsa y quema,
pero las lloviznas de Abril
volcaron el cuadro líquido de mi atmósfera.

El perfume anaranjado de las luciérnagas
remando, río abajo, mi inútil dolor.

Hoy entrego mis manos a la piedad de los ocasos,
cuyos colores avanzan y se pudren al mediodía.

Soy como acacias blancas que se copiaran en el ébano,
como esas lilas de tan oscuras, guerreras,
alzadas de antiguos y oxidados pastos
a la contemplación de los futuros.

Bailan las lagartijas su espejo de lentejuelas,
mi alma instantánea y rebelde da su eco,
solicitada y transparente habito la choza de los precursores
encendiendo el instinto animal que golpea sobre mi corazón.

Si levanté la espuma de mi paso orgullosamente
fue porque me sabía sola y fugitiva por el espacio;
voces nuevas, gritos de luceros, campanillas rígidas
me llamaban. Volví la cabeza y me convertí en piedra.

Cuando miro mi imagen distante
cuando entre mis ojos la locura hace un círculo,
me repliego a la cuna del mar
y el sagrado recinto respira de confusión y cólico;
solo lo saben las mareas con los vuelos de sus vestidos
| levantados,
más ese tiburón tan azul y complicado
como un espíritu perdido en la candorosa tiniebla.

Os he puesto a vosotras, palabras todas
debajo de mi almohada,
una blanca, una negra, así, contrapesándose,
lo simple y lo difícil,
los dientes del pararrayos mascando agua de origen.

Caída de un hombro miro mi capa
de princesa del mar,
arenas calientes hacen cosquillas a mi sereno caminar.

No viene por el viento ese moscardón de levita,
ni esa pluma de nieve que atravesó las serranías
cuando la cara había elegido un antifaz.

LA AURORA CIEGA

Me ha traído rosas en una bandeja de oro,
aquellas rosas de enero que no serán jamás las hermosas
y que son rosas. | rosas de octubre

Yo he echado mis palabras a esa redoma de peces;
las he echado como quien echa arroz en agua blanda,
o flores a la espalda de los pantanos.

Y como son palabras semejantes a las palabras de antaño
a las que en tropel primitivo y poderoso como adolescentes
cruzaron mi juventud. | fieras,


Y como tengo miedo de desconocerme,
las arrojé debajo de las cabelleras del sol,
con locura, con miseria humana.

Winétt de Rokha

(7 de julio de 1894 — 7 de agosto de 1951)

Seudónimo de Luisa Anabalón Sanderson. Su incursión en el medio literario comenzó con la publicación de versos de influencia parnasiana y simbolista ofrendados a San Francisco de Asís, en la revista *Zig-Zag*, que firmó con su nombre. En 1914, decidió enviarle un poemario de su autoría, *Lo que me dijo el silencio*, al poeta Pablo de Rokha, bajo su seudónimo de entonces: Juana Inés de la Cruz. El 25 de octubre de 1916 Luisa Anabalón y Carlos Díaz Loyola, nombre real de Pablo de Rokha, se casaron. A partir de entonces, ella adopta el seudónimo literario de Winétt de Rokha.

Winétt de Rokha publicó *Horas de sol* (1914), *Lo que me dijo el silencio* (1915), *Formas de sueño* (1927), *Cantoral* (1936), *Oniromancia* (1943), *Suma y destino* (1951). Winétt de Rokha murió de cáncer en 1951. En 1953, Pablo de Rokha publicó *Fuego negro*, una elegía de amor dedicada a su esposa.



Oniromancia, de Winétt de Rokha,
es la tercera publicación de CERRO
EDICIONES y el segundo título de su
colección Rescate. Esta publicación en
su versión digital se terminó de editar y
diseñar en julio de 2022. Se usaron las
tipografías Alegreya, Alegreya Sans y
Montserrat.